

**CÓMO REESCRIBIRÍA HOY MI
LIBRO SOBRE HISTORIOGRAFÍA
DEL SIGLO XX**

**GEORG G. IGGERS Y SU CONTRIBUCIÓN AL
DEBATE SOBRE LAS TENDENCIAS
HISTORIOGRÁFICAS ACTUALES CON SU
*GESCHICHTSWISSENSCHAFT IM 20.
JAHRHUNDERT*
(*LA CIENCIA HISTÓRICA EN EL SIGLO XX*)**

El texto que se ofrece a continuación requiere una presentación tanto por lo que respecta al autor como a la génesis de las reflexiones que éste desgrana. Con ese objetivo se escriben las líneas que siguen, deliberadamente breves. Georg G. Iggers (Hamburgo, 1926), doctor en Filosofía por la Universidad de Chicago (1951) y Catedrático de la misma entre los años 1965 y 1978, es desde 1978 *Distinguished Professor* de Historia Intelectual de Europa en la Universidad del Estado de Nueva York en Buffalo. Iggers, uno de los fundadores en 1980 de la Comisión de Historia de la Historiografía, asociada al Comité Internacional de Ciencias Históricas, ha sido Presidente de aquélla (1995-2000) y es coeditor de la revista *Storia della Storiografia*.

Como testimonio de sus vidas apasionantes -entre América, Europa y Asia- y reflejo del agitado siglo XX, Georg G. Iggers y su mujer Wilma, también de origen judío, acaban de publicar un infrecuente relato autobiográfico conjunto: *Zwei Seiten der Geschichte. Lebensbericht aus unruhigen Zeiten* (Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, 2002).

Una de las más difundidas e importantes obras de Georg G. Iggers sobre el debate internacional en torno a la teoría y la práctica de la historia en los últimos veinte años ha sido su *Geschichtswissenschaft im 20. Jahrhundert* (1a. ed.: Göttingen, 1993, que ha sido traducida a múltiples lenguas europeas y asiáticas). Se han publicado hasta ahora dos ediciones en castellano de ese libro (Labor, 1993; e Idea Books, 1998), tituladas *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, presentadas y

revisadas por el autor de esta nota. En 1993, cuando Iggers publicó el texto aludido anteriormente, gozaba ya de un prestigio consolidado y tenía en su haber obras como *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present* (1968, 1983) y *New Directions in European Historiography* (1975, 1984). Dada la autoridad intelectual y moral de Georg Iggers, comprometido siempre con la causa de los derechos humanos, el Departament d'Història Moderna de la Universitat de Barcelona le invitó a reflexionar en público sobre cómo reescribiría él, casi diez años después, su libro *La ciencia histórica en el siglo XX*. En las páginas que siguen el lector encontrará el texto de la conferencia que Iggers pronunció, en castellano, el 16 de abril de 2002 en nuestra Facultad de Geografía e Historia respondiendo a dicha invitación. La traducción del original inglés había sido realizada por Fernando Sánchez Marcos y Sergi Olmedo García.

Barcelona, 29 de octubre de 2002.

F. S. M.

CÓMO REESCRIBIRÍA HOY MI LIBRO SOBRE HISTORIOGRAFÍA DEL SIGLO XX*

Georg G. Iggers

ABSTRACT:

Approximately ten years after I published *Geschichtswissenschaft in 20. Jahrhundert* (*Science of History in the Twentieth Century*), in this paper I reassess the contributions and limitations of this work. Consequently, I explain the criteria which lead me to write a new book on the history of historiography from 1750 (when arises a modern approach to history) till now. In this essay I will deal with historical thought and historical writing from an international, intercultural point of view. I will examine different cultures in their own terms, with special attention to the development of Western, East Asian and Indian historiography. For this reason, I will write the book jointly with my collaborator the Chinese-American professor, Q. Edward Wang. Furthermore, we will not limit ourselves to studying the historical scholarship *sensu stricto*. We will also try to include in our overview other forms of historical representation from literature and fine arts. We will be more concerned with shared forms of historical discourse than with individual works and individual historians.

Key words:

Modern Historiography, Theory of Historical Writing, Intercultural Approach, Historical Culture, Q. Edward Wang

* El Consell de Redacció de Pedralbes agraeix al Professor, Georg G. Iggers la seva autorització per a publicar aquest text. La traducció del original anglès ha estat feta per Fernando Sánchez Marcos i Sergi López Olmedo

RESUMEN:

Casi diez años después de publicar mi *Geschichtswissenschaft in 20. Jahrhundert (La ciencia histórica en el siglo XX)*, reexamino en este artículo las aportaciones y limitaciones de esa obra. En consecuencia, expongo los criterios con los que escribiría un nuevo libro sobre historia de la historiografía desde 1750 (cuando surge una perspectiva moderna de la historia) hasta ahora.

Me propongo tratar del pensamiento y la escritura históricas internacional e interculturalmente. Me ocuparé de varias culturas en sus propio términos, con especial atención al desarrollo de la historiografía en Occidente, Asia Oriental y en la India. Por ello, escribiré este libro conjuntamente con mi colaborador el profesor chino-americano Q. Edward Wang.

Por otra parte, en nuestro ensayo no nos limitaremos a estudiar la evolución de la historiografía en sentido estricto, sino que procuraremos incluir también otras formas de representación histórica en la literatura y en las artes. Más que de obras concretas e historiadores individuales, nos ocuparemos de formas compartidas de discurso histórico.

RESUM:

Gairebé deu anys després de publicar *Geschichtswissenschaft in 20. Jahrhundert (La ciencia histórica en el siglo XX)*, torno a plantejar en aquest article les aportacions i limitacions de l'obra. Com a conseqüència, exposo els criteris amb els quals tornaria a escriure un llibre sobre història de la historiografia des de 1750 (quan sorgeix una perspectiva moderna de la història) fins ara.

Em proposo tractar el pensament i l'escriptura històrica internacionalment i intercultural. M'ocuparé de diverses cultures en els seus propis termes, amb especial atenció al desenvolupament de la historiografia a Occident, l'Àsia Oriental i la Índia. Per això, escriuré aquest llibre conjuntament amb el meu col·laborador, el professor xinès-americà Q. Edward Wang.

D'altra banda, en el nostre assaig no ens limitarem a estudiar l'evolució de la historiografía en sentit estricte, sinó que tractarem també d'incloure altres formes de representació històrica a la literatura i en les arts. Més que d'obres concretes i historiadors individuals, ens ocuparem de formes compartides del discurs històric.

Es un placer para mi estar aquí. Yo conozco al profesor Sánchez Marcos desde hace una década, durante la cual hemos trabajado estrechamente en la Comisión Internacional para la Historia y Teoría de la Historiografía. Durante estos años hemos intercambiado ideas y el Profesor Sánchez Marcos contribuyó a la traducción de mi pequeño libro sobre la historiografía del siglo veinte.

Esta es mi primera visita aquí. La historia de esta ciudad en el siglo veinte me ha fascinado; por ejemplo, el movimiento anarquista anterior a la primera guerra mundial y el heroico, aunque trágico, papel que la ciudad

protagonizó en la Guerra Civil en la lucha por salvar la República. Me alegra que el catalán pueda ser hablado y enseñado de nuevo libremente y solo lamento no poder dirigirme a ustedes en catalán.

El profesor Sánchez Marcos me sugirió que discutiera con ustedes cómo escribiría este libro de forma distinta hoy en día, casi diez años después. La respuesta es que escribiría un libro muy diferente. Les expondré a continuación a ustedes como resultaría este libro.

Hace ya algún tiempo el editor británico Longman me invitó a escribir un libro sobre la historiografía contemporánea occidental. Nosotros acordamos una idea general y yo escribí la mayor parte del libro. De todas formas, a medida que el trabajo aumentaba, me fui encontrando incómodo con las supuestas en los que se basaba el libro, su focalización en Occidente y su insuficiente consideración de las recientes discusiones sobre la naturaleza del conocimiento y proceso históricos.

Desde entonces Michael Bentley ha escrito el libro que yo podría haber escrito, *Modern Historiography* (1999), un libro que a mí me agrada especialmente pero que, como todas las historias de la historiografía que han aparecido desde Eduard Fueter (1911), se limita a Occidente. Esta es la realidad en todas las historias de historiografía que en el siglo veinte han surgido en Occidente, tales como las de George Gooch, J. W. Thompson, Harry Elmer Barnes, Ernst Breisach, Mirjiana Gross, y que se ocupan ante todo de la literatura inglesa, francesa, y alemana –ocasionalmente también de la italiana– y al tratar de los dos últimos siglos se ocupan principalmente de los historiadores profesionales.

La versión original alemana del libro en cuestión apareció en 1993, la traducción española en 1995 y una edición americana, ampliada y revisada, en 1997. Este libro surgió a partir de un texto que escribí en 1990 para una mesa redonda sobre el tema de “Racionalidad e Historia” en el que yo examinaba críticamente el desafío postmoderno a la objetividad erudita.

Yo reconozco ahora las limitaciones de mi propuesta original y de mi libro sobre la historiografía del siglo veinte. Veo la fuerza de este último en su aproximación comparativa internacional a las corrientes de pensamiento y de la escritura histórica a fines del siglo veinte. En este sentido el trabajo que yo propuse difiere de la reciente revisión de la historiografía de Hans-Ulrich Wehler (2001) que subraya la continuidad de las tradiciones nacionales más fuertemente de lo que yo hago .

Aun así mi libro todavía se limita a Occidente, aunque incluye la Europa del Este, al menos marginalmente, en esta discusión. También se orienta decididamente hacia la historiografía profesional mientras que no ignora del todo los desarrollos de las ciencias sociales y de la filosofía que afectan a la historiografía. Además mi tratamiento se restringe en gran parte a las aproximaciones eruditas, y se ocupa insuficientemente de las formas alternativas de representación de la memoria histórica. Hoy, a comienzos del siglo veintiuno, veo la necesidad de un examen del pensamiento y de la escritura históricas que trascienda estos confines.

En la exposición que sigue me gustaría reflejar la forma en la que yo podría escribir hoy ese tipo de historia de la historiografía contemporánea, e invitarles a ustedes a realizar las críticas y sugerencias que crean oportunas.

Algunas de las limitaciones de mis propuestas iniciales son obvias para mí. Desde hace mucho tiempo, no ha habido serios intentos de escribir tal historia desde una perspectiva global. El libro que yo propongo, busca tratar del pensamiento y la escritura históricas internacional e interculturalmente. Pero no es suficiente simplemente extender al mundo no-occidental una narrativa occidental. Deben ser examinados los supuestos sobre los cuales se han basado estas narrativas.

El concepto de Occidente es problemático en sí mismo, como lo es el del mundo no-Occidental. Obviamente no existe Oriente como una entidad. El concepto de Occidente, abarcando lo que Ranke definió como las naciones latinas y germánicas, y también incluyendo su extensión a las Américas y a Oceanía, es una construcción del periodo contemporáneo. De hecho, Occidente ha sido dividido por unas líneas nacionales, étnicas, confesionales y regionales y, como resultado, las historias de la historiografía han seguido generalmente estas divisiones.

En cuanto a los no-occidentales, Edward Said nos ha mostrado que el Oriente también es una invención que pasa por alto las diversidades. Sin embargo existen elementos comunes de modelos de pensamiento y lenguaje que trascienden a estas divisiones y hacen posible, con suficiente prudencia, hablar de ciertas unidades culturales tales como la de Occidente, el mundo islámico, India, Asia oriental y el Africa subsahariana como tipos ideales.

La siguiente cuestión que surge versa sobre la temática de la historiografía. ¿Podemos nosotros restringir ésta, como el término sugiere, meramente a la historia escrita? La mayoría de las historias de la historiografía moderna que nosotros hemos citado se han focalizado en la

erudición histórica - y en algunos casos más estrechamente en la historia como -una disciplina profesional. Los problemas surgen cuando nosotros proyectamos estas concepciones de lo que constituye la historia sobre las sociedades no-occidentales. Existen unas antiguas y bien establecidas tradiciones de historiografía y de erudición en Asia Oriental y en el mundo islámico que, a excepción de las de Occidente, no tienen equivalentes en otras partes del mundo.

Pero la conciencia de un pasado histórico parece haber sido una característica de todas las culturas, precedente a las historias escritas y necesaria para el sentido de identidad de todo grupo importante cohesionado. La conciencia histórica, como sugiere Jörn Rüsen, parece ser una constante antropológica. No todas las culturas han escrito relatos históricos, aunque tales relatos existen en muy tempranas inscripciones ya en el antiguo Egipto, Mesopotamia y China.

Los relatos épicos desempeñaron un importante papel, mucho antes que fueran transcritos, en la construcción de unas identidades colectivas no solo entre los Hebreos de la era bíblica, los griegos homéricos, los romanos y los hindúes así como entre los nórdicos sino que también entre los africanos subsaharianos, los indios y los inuits de América, y los isleños del Pacífico. El concepto de pueblos sin historia que empapa el pensamiento europeo en buena parte de la historia del siglo dieciocho y en la del diecinueve, desde Edward Gibbon, para caracterizar las culturas no-Occidentales, y que han sido retomado en el reciente pensamiento postmoderno y postcolonial, por ejemplo, por Hayden White y Asis Nandy, no es sostenible, aunque para los últimos la conciencia de la historia no es una señal de la superioridad cultural de Occidente sino un instrumento de Occidente usado ante todo como una herramienta para dominar el no-Occidente.

Al contrario, cuando nosotros nos volvemos hacia regiones tales como Asia Oriental en el periodo del que nos ocupamos en nuestro estudio, encontramos ricas tradiciones literarias que reflejan conciencia histórica; en el África Subsahariana éstas eran principalmente, aunque no exclusivamente, orales. Además la historia encuentra expresión en numerosas formas diferentes: en las artes visuales, en los ritos religiosos, la poesía, el teatro, las novelas y las canciones. Esto acaece en Occidente y en cualquier otro lugar.

Por último una historia de la historiografía solo puede escribirse como parte de una historia de la cultura a escala comparativa y global. Pero ésta es una tarea insuperable. El libro que yo propongo escribir busca trascender las fronteras pero, sin embargo, debido a las cuestiones específicas que formula, conlleva por sí mismo límites definidos. Un límite es el temporal, el mundo desde 1750, por razones que serán explicadas seguidamente. Un segundo límite es la historia escrita, que en este período desempeña un papel importante, y no sólo en Occidente. El tercero es la historia que aspira a la representación no-ficcional del pasado, aunque la frontera de la no-ficción y de la ficción puede a menudo ser difícil de determinar. Y el cuarto es una aproximación que procede desde Occidente pero que trata de la interacción del pensamiento histórico occidental y del no-occidental. A continuación algunas consideraciones prácticas.

Existen varias razones por las que empezamos a mediados del siglo dieciocho. El siglo dieciocho es un importante punto de partida porque en ese tiempo surgió en los estudios históricos en Occidente una perspectiva moderna con la desacralización de las fuentes canónicas y un mayor énfasis en los métodos críticos. La dependencia de la Biblia como una fuente que todavía dominaba los escritos históricos a comienzos del siglo cedía paso, aunque lentamente, a una perspectiva más secular.

Benjamin Elman ha señalado en *From Philosophy to Philology* (1984) que tuvieron lugar desarrollos paralelos, en los siglos diecisiete y dieciocho en China, en gran parte de forma independiente de Occidente, aunque las similitudes deberían ser tratadas con cautela. En China y, hasta cierto punto, en Japón y en Corea, existieron duraderas tradiciones de erudición histórica; en China se remontan a una antigüedad de dos milenios y medio.

La profesionalización y la institucionalización de la erudición histórica, que estaba sólo en sus comienzos en Europa, tenía unas bases firmes en China desde la fundación del Departamento Histórico en la corte imperial en el siglo séptimo de la E.C. La profesionalización en ambas culturas fue acompañada por una amplia preocupación por la crítica textual.

Nosotros debemos recordar las diferencias en el contexto político, social y religioso en las dos culturas, el imperio centralizado en China, el orden político descentralizado en Europa y el papel de las instituciones corporativas en esta última. Fue específicamente occidental, en este período, la emergencia de un modelo de narrativa secular que veía la

historia como un relato unificado y coherente, que conducía hacia el presente y focalizado en un Occidente dinámico.

Este modelo de narrativa proporcionó una importante fundamentación ideológica para la expansión y la colonización de Occidente. Una narrativa similar parece haber estado ausente en todas las otras culturas. Además, tampoco se dio en Occidente antes del siglo dieciocho. Esta narrativa maestra no fue peculiarmente occidental sino específicamente moderna.

También se desarrolló en Occidente, en el siglo dieciocho, un énfasis en la objetividad científica que sería un elemento constitutivo de la perspectiva moderna y que fue considerablemente más allá de la insistencia china en la crítica histórica. Este énfasis estuvo en gran parte ausente en las otras culturas fuera de Asia oriental y el mundo islámico, residiendo en una singular concepción moderna de la ciencia y de la racionalidad científica - en el sentido de Max Weber- de las que carecían otras culturas. En el curso del siglo diecinueve el empuje de la profesionalización de los estudios históricos con su ethos científico se intensificó y con él una neta distinción entre la erudición histórica llevada a cabo por académicos y no académicos.

El cosmopolitismo de la historiografía del siglo dieciocho dio paso a la acentuación de la nación-estado como el centro de la narrativa lo que contrastaba intensamente con la historia escrita en otras culturas, por ejemplo, China, donde la historia era organizada por dinastías sin intención alguna de contar un relato tramado continuado. La concepción de una historia unilineal abarcadora del mundo, pero procedente de Europa, fue específicamente occidental pero sólo en el periodo moderno.

Sin embargo el desarrollo de un estilo moderno en Occidente no tuvo lugar en un vacío. Estuvo estrechamente relacionado con el surgimiento de un sistema económico capitalista el cual, a su vez, estuvo estrechamente relacionado con cambios en la visión del mundo y con la transformación de la sociedad, incluyendo la aparición del ethos de una nueva clase media. Las transformaciones empezaron ya en la Edad Moderna incluyendo las exploraciones del mundo no-occidental.

En el pensamiento histórico solamente en el siglo dieciocho se percibió toda la fuerza de estas transformaciones. Entre la *English Universal History* (1736-1763) y las obras sucesivas, las narrativas históricas se hicieron cada vez más eurocéntricas y los países y regiones no-europeas fueron tratados desde la perspectiva de la penetración

européa, no como culturas con su propio carácter y desarrollo, como fue el caso de la Historia Universal Inglesa.

La transición desde una perspectiva precolonial a una colonial y después a una postcolonial es un tema central de este libro, pero solamente uno entre varios. El libro tratará de varias culturas históricas en sus propios términos. Recibirá particular atención el desarrollo de la historiografía en Occidente, Asia oriental y en la India. El impacto de Occidente en el no-Occidente, y no solamente en el mundo colonial sino también por ejemplo en Japón, será estudiado no como un proceso unilateral de occidentalización, sino como un proceso que implica la interacción de las tradiciones occidentales e indígenas.

Resulta obvio que las formas occidentales de contemplar y hacer historia, incluyendo el gran énfasis que se le da a la nación-estado y el alcance con el que se adoptan los modos de profesionalización occidentales, están bastante integradas en todos los países no-occidentales desde Japón y la India hasta el África Subsahariana y América Latina.

Durante el siglo veinte el proceso de Occidentalización se manifestó en todas partes como, por ejemplo, en la transición en China desde una historia dinástica a una historia nacional, y con ella la noción occidental de un proceso histórico continuado. Los historiadores hindúes, incluso cuando criticaron los supuestos de la erudición histórica occidental desde una perspectiva post-colonial, actuaron dentro del marco de un discurso occidental y escribieron ante todo en inglés antes que en hindú o en bengalí.

En una amplia medida el movimiento es en una sola dirección, desde Occidente hasta el no-Occidente, pero en modo alguno es este un simple proceso de asimilación a Occidente. La cuestión a plantearse es hasta qué punto estamos nosotros tratando con un proceso que puede ser simplemente descrito como Occidentalización o, hasta qué punto la aceptación de los modos occidentales implica la modificación de estos en el curso de lo que podría ser en sus formas básicas occidental pero en otras implica una modernidad que trasciende las fronteras culturales.

De todas formas, el impacto de Occidente no ocurre de ningún modo en un vacío, sino en interacción con las tradiciones y perspectivas existentes. Hasta recientemente, la transmisión ha procedido en gran medida de Occidente; últimamente, sin embargo, mientras los conceptos básicos de objetividad científica y de progreso histórico eran objeto de debate en Occidente, el pensamiento postcolonial de la escuela subalterna

en la India y la teoría de la dependencia en América Latina contribuyeron a las discusiones postmodernistas occidentales.

La historiografía es, de este modo, comprendida cada vez más dentro de un amplio proceso de globalización. El concepto de modernización no es usado aquí en un sentido positivo, como lo ha sido en buena parte de la literatura científica social americana, en una forma extrema en *The End of History* (1989) de Francis Fukuyama, sino como un desarrollo que puede encerrar peligros ocultos. Parte de este desarrollo es una globalización que implica, la expansión económica y cultural del capitalismo moderno basado en gran medida pero no exclusivamente en Occidente. El término, ahora de moda, de postcolonialismo, a menudo casi indistinguible del post-modernismo, debería ser usado con cuidado. Mientras las antiguas colonias han recibido la independencia formal, continúan dependiendo grandemente en lo económico y en otros aspectos del sistema económico internacional controlado por las antiguas potencias coloniales.

Las historias de la historiografía del siglo veinte generalmente se han focalizado en la historia como una disciplina erudita. Ciertamente, la profesionalización de la investigación y de la escritura históricas juega un papel importante no sólo en Occidente sino también en la modernización de los estudios históricos en otros lugares. Como ya he hecho notar, la profesionalización de los estudios históricos en China ha sido muy anterior a la de Occidente, aunque ha tomado formas diferentes.

Yo difiero de Hayden White quien pretende que porque toda las historias poseen aspectos literarios “la oposición entre mito e historia es insostenible” y todos los relatos históricos son “ficciones verbales”. Yo reconozco abiertamente que los elementos literarios forman parte de todas las historias, pero esto no significa que los historiadores no intenten seriamente reconstruir el pasado sino meramente “inventarlo”. Similarmente reconozco que las tentativas literarias, tales como las novelas históricas en el siglo diecinueve, fueron también intentos para llegar a comprender la realidad del pasado

Por lo tanto nosotros intentamos no limitarnos a la erudición en un sentido estrecho sino también incluir otras formas de representación histórica en la literatura y en las artes. En el siglo veinte esto significa también incluir los nuevos medios de comunicación. Nosotros -mi co-autor y yo- también exploraremos cómo la historia fue enseñada en las escuelas o, por lo menos, como fueron escritos los libros de texto de

historia y como estos libros han cambiado con el tiempo. En el caso de Asia Oriental, la adopción y la adaptación de la historiografía occidental tuvieron lugar antes en el ámbito de la educación histórica en el que se hicieron esfuerzos para reescribir los libros de texto históricos.

Es importante subrayar que la historia erudita no necesita ser historia profesional. Así el *Decline and Fall of the Roman Empire* (1776-1788) de Edward Gibbon es un trabajo de erudición exhaustiva. Además, también las obras literarias pueden contribuir a la comprensión de la historia, así las grandes novelas históricas realistas del diecinueve y de principios del siglo veinte desde Stendhal y Dickens hasta Tolstoy y Thomas Mann. Además las obras literarias e históricas de un periodo dado comparten en gran medida el mismo lenguaje y visión del mundo. Lo mismo también se aplica en gran parte al arte visual, incluso al monumental.

Esto conduce a una consideración ulterior. Nosotros no nos concentraremos ante todo en las obras y en los historiadores individuales, aunque de ellos también nos ocuparemos. En cambio nosotros avanzaremos a través de una línea cronológica que sigue aproximadamente formas compartidas de discurso -discurso incluye aquí concepciones de la realidad y visiones de la historia. Aproximadamente, pero no de modo absoluto, esto implica cambios generacionales.

Nosotros estamos interesados en el discurso que cada generación comparte, pero también somos conscientes de las diferencias culturales, nacionales, regionales, políticas, confesionales, de clase y de género que dividen este discurso y que requieren gran atención al hacer generalizaciones transnacionales y comparaciones a escala occidental y más cuidado aún a escala intercultural. Nosotros somos conscientes de que existen grandes diferencias en la perspectiva y en el lenguaje incluso dentro de la misma generación que hacen difícil identificar un discurso común en un tiempo dado.

El proceso de transformación en una escala global implica no sólo mayor homogeneidad sino también diferenciación. Sin embargo existen coincidencias. Yo he tratado estas coincidencias en la conferencia introductoria que pronuncié en un congreso en la Universidad de Navarra en la semana pasada, congreso que trataba de "las relaciones entre la historia y las humanidades y las ciencias sociales, especialmente en el contexto del desarrollo de estrategias interdisciplinares: el siglo XX". Se me sugirió que hablara sobre el historicismo hermenéutico, el positivismo

científico y el marxismo, productos del siglo XIX que han configurado las discusiones del siglo XX. Utilizaré esto como una oportunidad para redactar uno de los capítulos centrales del libro. Estoy interesado no únicamente en las obvias diferencias ideológicas entre estas tres orientaciones, sino también en las asunciones comunes que dieron forma a sus visiones de la historia y de la realidad. A pesar de las claras diferencias que presentan, había ideas que las tres compartían, por ejemplo en la manera en que veían la ciencia y el progreso. Además tuvieron en común conceptos relativos al género y la raza, compartidos incluso por los marxistas. Mas aún, estoy interesado en cómo estos enfoques fueron recibidos y modificados, especialmente en China, Japón, India y Latinoamérica, donde los tres enfoques u orientaciones desempeñaron un papel importante en la transformación del pensamiento histórico y de la erudición.

Debe quedar claro que la historia de la historiografía no puede escribirse en un vacío, en términos de un desarrollo endógeno. Como hemos sugerido antes, la historiografía es sólo una parte de una cultura histórica más amplia que encuentra su expresión en una variedad de medios tales como la literatura, las artes visuales y monumentales, el cine y la TV, etc. Además, la historiografía debe siempre ser vista en el contexto político, social, económico y cultural en el que se produce.

Les ahorraré a Vds. la descripción de los diferentes capítulos que contiene el proyecto de mi libro. Soy consciente de que sólo domino la lectura de las lenguas occidentales y por esta razón he decidido llevar a cabo este trabajo junto con el profesor Q. Edward Wang, un historiador chino-americano, con quien he compartido ideas y escritos desde nuestro primer encuentro en 1984 en China cuando él era adjunto de la East China Normal University en Shanghai. Desde entonces, Wang ha obtenido su doctorado en los Estados Unidos, es profesor en la Rowan University en New Jersey y es también profesor adjunto en la East China Normal University of Shanghai. Recientemente ha publicado un libro, *Inventing China Through History: The May Fourth Approach to History* (2001), en el cual examina la interacción de las tradiciones occidentales y chinas de erudición en la China del siglo XX. También ha trabajado sobre la influencia de la erudición histórica japonesa en China a finales del siglo diecinueve y principios del siglo XX. Nosotros dos hemos colaborado estrechamente en el proyecto “Chinese and Comparative Historiography”

iniciado en 1994 y hemos intercambiado ideas con especialistas coreanos, islámicos, de la India, latinoamericanos y africanos. El profesor Wang y yo concebimos este libro como un ensayo, con una extensión quizás de unas 300 páginas, no como un estudio definitivo, sino más bien como un intento para sugerir las formas en que podrían articularse los estudios históricos sobre la historiografía contemporánea en los umbrales del siglo veintiuno. Lo escribiremos de tal modo que también pueda ser leído y discutido por estudiantes y lectores en general.